

## CAPÍTULO I

### Días de fiestas

Cuando yo era niño, a la gente de mi pueblo le gustaban las rancheras. Canciones que hablaban con pasión de potros indómitos, de amores imposibles entre yeguas y caballos, de ranchos situados en paraísos lejanos llenos de ganado salvaje, de rancheros solitarios, de hombres y mujeres libres siempre enamorados, siempre atormentados por el amor. Parecía como si el amor fuese una pesada cruz que acompañaba a los humanos durante toda su vida. Labradores, arrieros, artesanos, amas de casa y personas de cualquier otro oficio o condición social acostumbraban a cantar rancheras mientras trabajaban. Las mejores expresiones de esta afición llegaban los días de ferias y fiestas, cuando las orquestinas tocaban rancheras en los bailes públicos. El cénit lo constituían los conciertos de algunos grupos de mariachis en la plaza de toros, bien durante las fiestas de San Isidro, las de Virgen del Zarzal o en ambas algún año en que el ayuntamiento decidió tirar la casa por la ventana y financiar a cargo del erario público dichas actuaciones. Tras esta descripción, es fácil entender por qué yo fui construyendo mi mundo infantil, durante años, sobre la base de una especie humana libre y apasionada, como las letras de esas canciones.

A medida que fui madurando, la afición de la gente de mi pueblo por las rancheras comenzó a resultarme chocante. Mi intuición evidenciaba que no había correspondencia entre lo que se cantaba y cómo se vivía. Los labradores de mi pueblo no tenían caballos, sino pequeños asnos para desplazarse a las fincas más alejadas del pueblo, llevando consigo una azada y un zurrón con la comida; los arrieros tampoco, tan sólo disponían de mulos y hembras estériles para tiros de las carretas. No había territorios salvajes donde galopaban libres los corceles, sino terrenos yermos y pobres donde pastaban las ovejas. Las mujeres y los hombres trabajaban de sol a sol para poder sobrevivir, no planteándose en absoluto el significado de la palabra libertad. Como todo no puede ser malo en la vida, creo que aquellas personas sí estaban enamoradas, pero no puedo asegurarles de quién o de qué: si de otras personas de carne y hueso, de alguien que en algún momento llegaría para iluminar su vida, o, más sencillo, de los sueños que les hacían continuar viviendo día a día. Porque soñar era y continúa siendo de balde.

¡Discúlpenme!, debo olvidarme por un rato de rancheras y mariachis. A partir de este instante voy a concentrarme en mi trabajo. Tal vez alguien pueda pensar que tocar dos veces los platillos, durante la actuación musical en una misa, es una tarea sin importancia. Pero sé que, si no entrase a tiempo y diese las notas con los platillos fuera de compás, haría el ridículo y dejaría en evidencia al director de la banda y a mis compañeros.

Pasada la consagración, los dos percusionistas nos hemos mirado con gesto de alivio. Ha finalizado nuestro trabajo, por ahora.

Sin proponérmelo, vuelvo a los días de fiestas de mi infancia. Buscando en mi memoria verifico dos hechos al respecto. El primero es que todas las fiestas eran religiosas. No sólo

porque su celebración coincidía con un motivo religioso del calendario eclesiástico, sino porque la sociedad laica no disponía de dinero para celebrarlas. Y de este último dato, parte mi segunda observación. Para las fiestas oficiales de Villamora del Cerrillo, el ayuntamiento presupuestaba una partida de dinero que permitía tirar algunos cohetes al inicio, pagar una orquesta para el baile en la plaza Mayor los dos días principales y poco más. En este último concepto entraba una comida con la que la corporación municipal agasajaba a todos sus integrantes. Me consta que alguna persona se apuntó de concejal con el único propósito de asistir a dicha comida. Eso sí, todas las fiestas se celebraban con la calle principal del pueblo lleno de banderas de España; aunque éstas estaban muy amortizadas, por el uso y porque la mitad fueron un regalo-imposición del gobernador civil al finalizar la Cruzada. El resto de las fiestas paganas, como los toros, bailes en el casino, tiro al pichón u otras, estaban promovidas por asociaciones de particulares o empresas lucrativas que exigían una cuantía determinada en concepto de participación o ingreso a las mismas.

El clero lo organizaba mejor, tal vez por la tradición secular de hacerlo. Había todo tipo de manifestaciones religiosas: atormentábamos al diablo con carracas de madera en la iglesia, llevábamos los animales a bendecir el día de San Antón o hacíamos rogativas los años de sequía en el campo, años que eran la mayoría, pues, como es sabido, nunca llueve a gusto de todos y para alguien siempre llueve poco. El paso de procesiones por la calle Mayor de mi pueblo era exhaustivo. Unas marcadas por el calendario litúrgico, como las de Domingo de Ramos, Semana Santa, la Ascensión o el Corpus Christi. Otras con raíces locales; así la Virgen del Zarzal y la de Cantarranas disponían de su novena, y los santos relacionados con el campo un triduo; actos que finalizaban con sus correspondientes procesiones. Coincidiendo con la llegada del buen tiempo,

había dos romerías en sendas ermitas compartidas con otros pueblos del entorno. Aquí el objetivo religioso quedaba en segundo plano, cumplían otra función social muy importante. Las romerías y fiestas de los pueblos eran los lugares donde se conocían los jóvenes, surgiendo muchas parejas. Me atrevo a decir que impedían la endogamia entre los vecinos del pueblo. En los actos religiosos el gasto era escaso: unas velas y un poco de incienso, pues hábitos, estandartes y otros enseres también estaban amortizados desde hacía varias generaciones. El dinero no abundaba, pero, al parecer, la fe sí, ya que toda la gente del pueblo acudía a los mismos. Décadas después, me surge la duda a propósito de si el éxito de estas fiestas religiosas respondía al motivo de ser las únicas que el personal podía disfrutar sin tener que poner algo de su peculio personal.

Antes del inicio de las procesiones, mientras se esperaba su formación, los señores se saludaban entre ellos. Hablaban del tiempo y otros asuntos irresolubles por su voluntad, conversaciones que terminaban siempre con gestos de resignación individual o colectiva. A mi modesto parecer, era una formalidad como otra cualquiera para evitar hablar de cuestiones importantes que debían obviarse en un mundo donde todos los asuntos sociales estaban bien atados y todas las personas predestinadas. Las señoras se besaban, mientras se fijaban con detalle en vestidos o abrigos ajenos. Durante el desfile, los chicos miraban a las chicas que iban en la fila opuesta, mientras las chicas miraban hacia otro lado. Era preciso evitar la lascivia a toda costa, y más en un acto religioso. Al finalizar las mismas, a los niños aburridos que nos habíamos dedicado a charlar o nos habíamos movido, sin respetar el orden riguroso de las filas, nos caía algún capón o un sopapo.

Para las fiestas mi padre tenía un traje, el mismo con el que se casó. También era el uniforme oficial de las bodas, bautizos y funerales. Lo trataban con sumo cuidado, después de cada

puesta lo recogía mi madre con delicadeza y hasta el próximo evento si Dios quiere. Mi abuelo tenía dos trajes, razón por la que de niño yo pensaba que era rico. Uno, con el que se casó, lo guardaba en un armario y no se lo ponía porque le quedaba un poco chico. Estaba algo ajado por el uso y descolorido por los años. El otro, se lo confeccionaron para la boda de mi padre y lo trataba con mucho mimo, pues según decía sería su mortaja el día que falleciese. La ropa de mi madre y de mis hermanas la confeccionaba mi madre. Mi padre, por razón que explicaré más adelante, tenía una máquina de coser de tipo semiindustrial. Mi madre cambiaba las agujas gruesas por otras más finas y cosía con ellas la ropa. A mí me elaboraba unos pantalones muy bonitos, pero, a decir verdad, no tenían bolsillos por la dificultad que para ella suponía el hacerlos. Tampoco es menos cierto que sólo me hubiesen servido para meter las manos, pues, en mi pueblo, dinero en los bolsillos llevaba muy poca gente.

Creo que es este escenario en el que me encuentro lo que me arrastra, de modo ineludible, a estos recuerdos. En esta iglesia me bautizaron, hice la primera comunión, me casé, acudí a celebrar las mañanas de fiestas y a llorar las tardes de duelos. Parece como si mis alegrías y mis penas hubiesen sido fijadas por la voluntad divina, tal como nos enseñaron en la catequesis y asumieron mis mayores. Soy incapaz de creer que en estos hechos intervino una voluntad superior, sino más bien que precisaron del visto bueno de la autoridad eclesiástica durante toda mi vida. Si metes la mano en una caja de costura y revuelves es muy probable que te acabes pinchando y me está ocurriendo. El clero organizaba, dirigía, exhortaba, mandaba en aquella comunidad, incluso en la mayoría de las conciencias y actos de unos ciudadanos ignorantes, que se regían por el sentido común y aceptaban su autoridad, olvidando las letras de las rancheras.

Lo que jamás imaginé es que, llegado el ocaso de mi vida, acabaría en el coro de esta iglesia tocando unos platillos. Ha sido una dicha participar en la banda de música. Me hace sentir útil, me relaja, me sociabiliza; incluso cuando lo necesité, llegó a echar una mano a mi malograda economía familiar.

Creo que va siendo hora de que me presente: Agustín Vadillo Molina, sesenta y nueve años, jubilado y percusionista de la Banda Municipal de Villamora del Cerrillo.

## CAPÍTULO II

### El hijo del guarnicionero

En mi pueblo siempre me conocieron como el hijo del guarnicionero. Mi padre, Tomás, mi abuelo, Agustín, y mi bisabuelo, Dionisio, por línea paterna, fueron guarnicioneros; este último, según me contaron, pues no lo conocí. Aún hoy en día, los de mi generación me siguen identificando en el pueblo con el tradicional oficio familiar, a pesar de que la guarnicionería murió de muerte natural, agotada en sus afanes, como mi padre.

Cuando era niño acudí a la Escuela Nacional, de la que guardo un recuerdo agridulce. El edificio municipal que acogía tan noble tarea era una nave alargada, con dos plantas; la que estaba a ras del suelo contenía dos aulas, y en la planta principal vivían los maestros. El criterio de asistencia a una u otra clase era la separación por sexos. En los extremos del edificio, un cartel encima de las respectivas puertas indicaba: «Niños. Niñas». Contaban que las dos aulas fueron para disgregar por grados, en tiempos lejanos; en una se aprendía a leer y las cuatro operaciones. Adquiridos estos conocimientos, se continuaban la formación en la otra. Yo empecé acudiendo al centro escolar con mi hermana mayor, Soledad, que me sacaba tres años, pero cuando llegábamos al mismo, nos separábamos. En el recreo tampoco coincidíamos, pues el de las niñas era media hora antes, para no

mezclarlas con los varones. Un par de años más tarde empezó a acudir mi hermana pequeña, Margarita, e íbamos los tres juntos hasta la escuela. Para regresar a casa mis hermanas se esperaban y lo hacían juntas; yo salía jugando con mis colegas y siempre llegaba tarde a donde hubiese que ir. En mi aula siempre hubo un maestro; en la de mis hermanas, una maestra.

El modelo de comportamiento y aprendizaje en la escuela lo fijaba el miedo. Miedo al maestro, que siempre andaba con una regla de madera en una mano, con la que corregía respuestas erróneas; miedo al cura, que con el atizador de la estufa de serrín solicitaba recitar los mandamientos y oraciones; miedo al abusón, que te largaba un tortazo sin que al maestro, al cura y a otros les preocupase mucho.

—Son cosas de chavales —decían en el pueblo.

«La letra con sangre entra» era un principio pedagógico practicado a diario e incuestionable. Tuve suerte, nací un poco más espabilado que la media. Pasada la primera etapa, el maestro nos dedicaba más tiempo a unos pocos que decía valíamos para estudiar. Este hecho a mí me daba mucha rabia, pues me señalaba en la clase y quedaba marcado en mi cuadrilla. En alguna ocasión pensé: «¿Por qué no le dedica el tiempo a mi amigo Manolo, que cruza sílabas al leer?».

En muchas ocasiones, era yo quien tenía que sentarme con Manolo en el pupitre para explicarle lo que no acertaba a leer, ni por consiguiente comprendía, porque de tonto no tenía ni un pelo. Bueno, lo de sentarse es un decir. En el aula había 22 pupitres dobles en los que se podía sentar 44 niños, pero éramos 47. La solución para los días que acudíamos todos era sencilla: tres alumnos debían estar de pie. Uno en el encerado resolviendo los ejercicios de aritmética o geometría; otro leyendo *El Quijote* en voz alta en la otra punta del aula, y un tercero, elegido entre los torpes que había descartado el maestro por su dificultad de aprendizaje, atizando la estufa para calen-



tarnos en invierno, o mirando a la pared con un libro en cada mano cuando hacía buen tiempo. En todo caso, el problema del aprendizaje era del alumno. Si no aprendía era porque no valía, no había duda al respecto. Jamás alguien se cuestionó si el maestro estaba capacitado para enseñar a quienes manifestaban alguna dificultad.

La escuela tenía una misión muy clara: facilitar los conocimientos básicos que precisaría un ciudadano para un desenvolvimiento ordinario en el trabajo y en la vida. Quienes tenían escasa capacidad intelectual no acudían a la escuela, asumiendo todo el mundo este hecho con normalidad. En general, a los que tuvieron la desgracia de nacer con deficiencias físicas o psíquicas se les escondía en casa. La madre de mi amigo Jesús, acudió a la escuela con un hijo que tenía discapacidad intelectual y le negaron la entrada por tres veces. Acudió al ayuntamiento, y el alcalde aplaudió la negativa del maestro, aduciendo:

—¿Usted qué cree? ¿Que las escuelas se hicieron para los tontos?

Era una mujer muy religiosa, como la inmensa mayoría de las mujeres de mi pueblo, razón por la que acudió con su petición hasta el párroco. Le habló de caridad cristiana, de enseñar al que no sabe como obra de misericordia y alguna otra acción que aprendió del catecismo, pero éste se lavó las manos, eludiendo dar una explicación con un mínimo de racionalidad:

—No estoy aquí para resolver problemas terrenales. Yo no debo inmiscuirme en las decisiones de los maestros.

Al parecer, sólo estaba para cuestiones celestiales, pero el vulgo nunca entendió bien cuáles eran. Como autoridad moral del pueblo, jamás ayudó a las mujeres maltratadas o medió en los matrimonios cristianos para impedir los abusos y vejaciones a quienes eran más débiles. No le interesaba saber los problemas que había en cada casa. Pero sí que le importaba

mucho saber en qué casa habían matado el cerdo, para que le llevaran un solomillo, unas morcillas u otras viandas. El cura párroco era un auténtico experto en fugas dialécticas, explicadas con cuatro frases, que nunca supe si se las habían contado en el seminario, en los ejercicios espirituales que impartía el obispo anualmente o se las había inventado él en sus largos paseos por los caminos vecinales. Cuando le comentaban a propósito de abusos o maltratos físicos, decía con la solemnidad de un magistrado que anuncia una sesuda sentencia:

—Mi autoridad es sobre las almas, no sobre los cuerpos.

En la escuela, de inicio, nos enseñaban a leer, escribir y las cuatro operaciones aritméticas. Quien disponía de estos conocimientos ya podía avanzar mediante la Gramática y la Geometría; continuaba el aprendizaje acercándose al medio físico, mediante la Geografía y las Ciencias Naturales; al humanismo a través de la Literatura y la Historia. Estas últimas materias eran memorísticas, se aprendían nombres de personas, obras literarias, pinturas, reyes, personajes y personajillos fuera de contexto. La Historia de España concluía cuando heroicamente expulsamos a los franceses, y la Literatura cuando acabó el Siglo de Oro. Filósofos y pensadores, al parecer, nunca hubo, o al menos jamás llegaron a la escuela de mi pueblo. Con la adquisición de estos conocimientos memorísticos finalizaba la tarea del maestro. A él no le correspondía nuestra formación como personas sociales, tan sólo mantener el orden y la disciplina en la clase; si era preciso, a guantazo limpio.

Un día a la semana, siempre el jueves, acudía a la escuela el cura párroco. Antes de entrar llamaba a la puerta; entonces los chavales nos situábamos en dos filas a la entrada y le besábamos la mano con miedo y fingimiento. Finalizado el saludo, comenzaba la tarea de nuestra formación espiritual y moral, con el fin de hacernos unos buenos cristianos y llevarnos al cielo. En principio, todos los niños y niñas del pueblo tenía-

mos que aprender el catecismo de monseñor Lefebvre. Hecha la primera comunión, continuábamos con otro más extenso que contenía pasajes de la Biblia y los evangelios. En ambos casos, el cura no explicaba ni intentaba razonar nada, tampoco preguntábamos, aquello era una simple cuestión de memorizar para recitar posteriormente como papagayos.

Algún día, a última hora de la mañana, aparecía por la escuela un representante del Movimiento. Se notaba que tenía menos tablas que el del clero. La teoría que pretendía enseñar no tenía un armazón conformado durante siglos. Le faltaba el argumento de la fe, siendo sustituido por el de la autoridad. Acostumbraba a ser un hombre más bien cortito, con un discurso aprendido de memoria; conocedor y cantante de himnos diversos que exaltaban el valor, el patriotismo y, si lo consideraba preciso, ensalzaban la muerte como destino supremo de un patriota. Nos hablaba de nuestra madre la patria, de sus héroes militares, de sus mártires de guerra, de la grandeza del Imperio de España. Cuando volvías a la cruda realidad, ocurría como con las rancheras: comprobabas que la patria era una tierra seca, donde los labradores dejaban los riñones para subsistir. Lo del imperio daba risa a cualquiera; decía el padre de mi amigo Amancio al respecto:

—Pero ¿cómo vamos a tener un imperio, si en el pueblo las calles están sin asfalto y las aceras sin cemento?

Mi tío Justo, hermano mayor de mi padre, fue siempre el jefe local del Movimiento; no conocí otra persona en ese cargo. Había participado en la Cruzada o, al menos, eso decían. Pero jamás se dedicó a impartir Formación del Espíritu Nacional, porque era incapaz de decir dos frases seguidas con coherencia, y porque al mediodía tenía que ir de chiquiteo temprano para estar en casa a las catorce horas en punto y oír el Parte de Radio Nacional de España. Años más tarde, cuando ya el Movimiento paró, si es que anduvo alguna vez, y estaba hundién-

dose por su propio peso, me pareció que estaba integrado por una panda de vividores a la sombra del poder. Después, durante medio siglo, he comprobado que el Movimiento continuó y pervive, pero los vividores ahora son más y muy sibilinos.

Si el lado agrio y amargo de la formación en mi infancia fue que jamás oí hablar de convivencia y respeto a los credos ajenos, por el lado dulce afirmo que hice los mejores amigos, que aún conservo, jugando en las plazas con el resto de infantes humildes. Nunca tuvimos un duro, ni uno por uno ni entre todos. Lo máximo que conseguimos reunir los integrantes de mi cuadrilla fue una peseta. Juntando una perra chica que le dio el abuelo a uno por su santo, la perra gorda que le dieron a otro por hacer un recado, más otra perra gorda de un cumpleaños, conseguimos la peseta ansiada, con la que el carpintero se comprometió a hacernos una peonza con su fresadora de madera. Recuerdo el día que fuimos al taller con la peseta para encargar la trompa. Al frente estuvo Jesús, quien entregó la peseta con la misma solemnidad que si hubiese encargado la construcción de El Escorial. El maestro ebanista aceptó el dinero y tomó nota del encargo de idéntico modo. Al día siguiente volvimos todos para recoger el trabajo. Tenía una banda roja en la parte más ancha y otra azul en la más estrecha, junto a la punta de hierro. Yo tuve el honor de extender la mano para recogerla, en aquel momento de grandeza. Mientras estuvo de moda ese juego, la peonza se compartió equitativamente entre todos por días, incluso por horas los días festivos. Sin órdenes ni imposiciones, sin consejos ni ayudas de nadie, nosotros nos pusimos unas normas y las respetamos.

En invierno, a la salida de la escuela, corríamos por las calles jugando al escondite. A veces quedábamos para jugar con otra cuadrilla.

—¿Chorro, morro, pico, tallo o qué? —gritaba Amancio cuando saltábamos sobre nuestros contrincantes, que hacían de burros.

Los jueves por la tarde no había escuela. A las cinco en punto quedábamos para merendar lo que cada uno llevaba de casa. Bocadillos de chorizo, salchichón o tocino; pan con aceite y azúcar o la variante de pan con vino y azúcar; excepcionalmente, pan con una onza de chocolate. ¡Bendito pan! Generalmente comíamos con avidez, sin prestar mayor atención que depositábamos en el juego. Cuando hacía mucho frío, sentados sobre un banco en los soportales del ayuntamiento, desarrollábamos nuestro paladar. Allí nos hicimos críticos gastronómicos: que si este pan lleva centeno, este otro avena, el chorizo está plagado de grasa y el chocolate está lleno de harina.

La alimentación en mi pueblo iba muy unida a los productos agropecuarios locales que se recogían y almacenaban en las distintas temporadas del año. En primavera salían las hortalizas y podíamos disfrutar de productos frescos como puerros y habas, pero, en general, continuábamos comiendo muchas legumbres, principalmente garbanzos, alubias y lentejas, más las omnipresentes patatas. El cénit de la cosecha tenía lugar durante el verano. Las huertas se llenaban de lechugas, vainas, calabazas, calabacines, zanahorias, pimientos, tomates, etc. Durante algunos meses dejábamos las legumbres para comer verduras, que, sin duda, apetecían más cuando aprieta el calor. También maduraban en verano las frutas, principalmente fresas, cerezas, ciruelas, peras y manzanas. Estas dos últimas eran las únicas que podíamos conservar para el invierno y la primavera, acostumbrando los vecinos a guardarlas en los desvanes separadas por paja, de modo que no se tocasen. A finales de verano y principio del otoño recogíamos las legumbres, las patatas, las nueces y las avellanas, productos con una duración larga que garantizaba gran parte de nuestro sustento durante el resto del año. También en verano se recogían los cereales que aseguraban el pan durante todo el año. La carne que comíamos

provenía de cerdos, ovejas, conejos, gallinas, palomas y aves de caza. Los animales jóvenes se vendían a trajineros foráneos por ser los mejor pagados, y en el pueblo dábamos cuenta de los animales más viejos. Se comían bastantes huevos de gallina o paloma, y escaseaba el pescado. En primavera y verano pasaban los pescaderos con carros vendiendo jureles, anchoas, sardinas y chicharros; el resto del año nuestro pescado era el bacalao salado. En general, apenas se compraban productos foráneos, recurriendo a la producción local, y si era propia, mejor aún. En ocasiones extraordinarias, quienes podían adquirirían naranjas o aceite; siendo este último sustituido por las grasas animales.

Otro tema similar y no menos importante en un entorno rural era la comida del ganado. Los ganaderos procuraban que su cabaña se alimentase por libre el mayor número de días posibles del año, con las distintas plantas herbáceas que ofrece el campo. Cuando no era posible, se recurría a los cereales, como la cebada, la avena, el centeno, más paja y algunas leguminosas forrajeras. Dado que gran parte de los transportes se hacían con tracción animal, podemos decir que aquellas plantas eran equivalentes a la gasolina y el gasoil actuales.

A la cuadrilla ordinaria se sumaba en verano Miguel. Venía a pasar las vacaciones escolares a casa de una tía, desde un territorio lejano que decían las Vascongadas. Cuando era más pequeño, su tía iba a buscarle a la estación del tren en la capital, hasta donde le acompañaba su madre. Cuando cumplió diez años, y comenzó a ir al instituto, hacía el viaje solo. En una ocasión le preguntamos por qué jamás su madre hacía el viaje completo hasta el pueblo. Nos respondió con gravedad:

—Mi madre juró hace muchos años no volver a pisar jamás el pueblo donde nació.

El caso es que la madre de Miguel no estaba bien vista por mucha gente del pueblo, sin que alguien diese razones de por

qué. Con el paso de los años, el hecho de su incompencia acabó siendo el motivo de su mala prensa. Para el vulgo era una estirada que no quería reconocer su cuna.

El paisaje que conforma el pueblo en su entorno sigue siendo el mismo que descubrieron mis ojos siendo un niño. El otero sobre el que está asentado, debajo el cauce del río y la vega que alimenta con sus riegos, rodeándolo están los llanos verdes en primavera y áridos el resto del año donde pastaban las ovejas, a lo lejos el encinar siempre objeto de leyendas y plagado de misterios; todo continúa igual. Cuando aprendí a andar, las neuronas de mi cerebro formaron en mi cabeza un plano con el trazado de las calles estrechas y el dibujo de las plazas: las más pequeñas, redondas; las grandes, cuadradas. Nada ha cambiado desde tiempo inmemorial. Podría hacer cualquier recorrido con los ojos vendados, ir del ayuntamiento a la iglesia, de la escuela a la guarnicionería, de mi casa a la zona de baños del río. Eso si no tropiezo con alguna obra municipal y acabo en el suelo.

Puedo asegurarles que el hijo del guarnicionero de aquel pueblo tuvo una infancia feliz. En las calles y plazas del mismo aprendió a jugar, a relacionarse con los demás, a conocer a las personas, a ver el mundo sin cortapisas, a seducir, a ser seducido, a amar la vida y saber el valor de la libertad. No dispuso de bienes materiales, él y la mayoría de niños vivieron en precario sin juguetes, sin televisión y apenas con unos pocos libros, las más de las veces prestados.





## CAPÍTULO III

### La llamada

A medida que me voy haciendo mayor, me hago preguntas que cuando era más joven me hubiesen parecido extrañas; entre otras razones porque antes tenía que dedicar mi tiempo a problemas cotidianos, más implicados en la subsistencia diaria. Hace pocos años que llamó mi atención el método con el que los humanos tomamos las decisiones más trascendentes de nuestra vida. Encontré preguntas muy sencillas para hacer: ¿Con qué criterios una persona elige su formación?, ¿y su trabajo?, ¿por qué una pareja decide casarse e ir a vivir juntos?, ¿por qué decide tener a cada uno de sus hijos?, ¿por qué una pareja decide vivir en un lugar u otro? Podría continuar haciéndome muchas más.

Nací en un pueblo, conozco el mundo animal, y sé que a estas preguntas responde el instinto. Cada especie y género obedece a una decisión dictada por la naturaleza que le obliga a comer, beber, descansar, crear su hábitat, reproducirse, defender su descendencia y resolver otras cuestiones vitales, de manera individual, apareada o colectiva. En cada momento, la voluntad del animal, si es que así puede definirse, será invariable e inequívoca. Aquel animal, que a nuestro entender camina errático, sin saber lo que busca en apariencia, sabe mejor que